

Honduras ...y el séptimo descanso

1. La coyuntura hondureña

La visita del Papa a Honduras se realiza en un momento en que la presencia norteamericana se está convirtiendo en clave de la actividad centroamericana de nuestro país. Reagan y la Kirkpatrick han visitado Honduras en los meses precedentes, se han llevado a cabo maniobras conjuntas con el ejército norteamericano muy cerca de la frontera nicaragüense y se habla de instalar sofisticados aparatos de radar norteamericanos que impidan de una vez por todas el supuesto tráfico aéreo de armas en beneficio de la guerrilla salvadoreña.

A nivel interno la represión ha aumentado. El número de desaparecidos en los dos últimos años supera a la treintena. Los secuestros policiales o parapoliciales han comenzado a ser una realidad en el país, lo mismo que los asesinatos políticos, todavía bajo un cierto control y selectividad. Supuestos escuadrones de la muerte se entrenan asesinando delincuentes comunes, hasta tal punto que los obispos se han visto en la necesidad de denunciar el hecho (aparecimiento de cadáveres) en su pasada carta pastoral de octubre. Las fuerzas populares atraviesan al mismo tiempo una severa crisis, golpeadas y desunidas, mientras la economía se inclina en los tres últimos años hacia el crecimiento negativo.

A nivel de Iglesia, y según una afirmación privada del Arzobispo de Tegucigalpa, "nunca habían estado tan tensas las relaciones Iglesia-Estado". A diferencia de regímenes pasados, incluyendo las dos primeras etapas del régimen militar, las relaciones cordiales se habían trocado en una relación fría, relativamente distante, llena de suspicacias y desconfianzas. La condena episcopal de los "comités de defensa civil" elevó al máximo de frialdad las relaciones. Incluso algunos funcionarios públicos se atrevieron a disentir públicamente de la opinión de la conferencia episcopal, caso realmente inusual en Honduras. Al mismo tiempo, y esto a niveles privados, los obispos se quejaban de un cierto aliento oficial a las sectas protestantes fundamentalistas terriblemente anticatólicas y conservadoras. El apoyo de algunos altos personajes del gobierno, incluido el general Alvarez, a la penetración de una secta como la "Iglesia Unificacionista", más conocida como secta Moon, de origen sudcoreano, constituía una prueba de esta táctica anti-

Iglesia que tanto desesperaba a los señores obispos. En este contexto la visita de Juan Pablo II ha introducido una serie de variaciones y matices que es importante reseñar.

2. La previsita

La preparación técnica de la visita del Papa fue lo mejor de todos los eventos. El gobierno se volcó en su colaboración con los obispos, lo mismo que algunos sectores de la burguesía. La Tela RR.Co. (subsidiaria de la United Brands y primera empresa del país), por poner un ejemplo, mientras se negaba a negociar con sus trabajadores la cláusula salarial del nuevo contrato colectivo, aportó una sustantiva cantidad de dinero en contribución a la visita de Juan Pablo II. Era indudable que tanto el gobierno como la burguesía estaban seguros de poderse beneficiar con la visita del romano pontífice. Los periódicos abrieron sus páginas a la noticia del Papa, insistiendo algunos de ellos en la figura de un Papa que lucha contra el comunismo en Polonia y que por sus mismas características anti-marxistas sufre un atentado que casi le cuesta la vida en la Plaza de San Pedro. Paralelamente a esto se recalcan los aspectos más intimistas de la religiosidad del Papa como de la Iglesia en general. Y ya mientras duraba el recorrido de Juan Pablo II sobre Centroamérica, se insiste desproporcionadamente sobre las interrupciones a la homilía del Papa en Managua, relegando a segundo término el brutal irrespeto que significa asesinar a seis guatemaltecos en favor de los cuales había intercedido el Papa.

Si la apertura de los medios fue grande desde bastantes días antes de que llegara Juan Pablo II, la producción interna de materiales preparatorios fue escasa e insuficiente. A duras penas se copió un folleto de catequesis y celebraciones de la Palabra producido en Guatemala, se multicopiaron algunas reseñas biográficas del Papa, incluyendo resúmenes breves sobre su pensamiento, y se sacaron, algo tardíamente, algunos "posters". Así mismo se repartieron algunas hojas volantes con carácter apologético en las que se resumía brevemente la argumentación en favor de la sucesión apostólica del primado. Sin embargo, el interés popular fue creciendo ante la visita a un ritmo acelerado. Lo que se dijera en torno a la próxima llegada del Papa parecía im-



portar mucho menos que el simple hecho de que efectivamente iba a llegar. La contraofensiva protestante, anunciando en las zonas campesinas que la "bestia" del apocalipsis se acercaba a Honduras y discutiendo en las ciudades el primado de Pedro y sus sucesores con argumentos realmente ingenuos, se encontró con una resistencia católica inusual. Por primera vez los católicos contestaban las ofensas y argumentos de sectas e iglesias con la misma moneda.

3. La visita

La llegada de Juan Pablo II estuvo marcada por el entusiasmo popular. Si en otros países del área el entusiasmo fue matizado o mediado por las palabras del Papa, en Honduras la emoción fue fundamentalmente independiente de las palabras de Juan Pablo II. Por su parte, en su séptimo día de recorrido centroamericano, el pontífice daba ciertas muestras de cansancio, y en Honduras, con su relativa tranquilidad interna, parecía ofrecerle una jornada más suave y reposada. Así, en sus discursos, si exceptuamos el dedicado a los obreros (el único, por cierto, que no leyó), el Papa se mantuvo a un nivel menos incisivo y directo que en los países circundantes. En

Tegucigalpa, su homilía versó sobre la devoción a la Virgen María, evidentemente un tema poco conflictivo, aunque tuvo la importancia de introducir dentro de la devoción a María toda una dimensión sociopolítica que encaja perfectamente con la oración de la Madre de Jesús en Lc. 1, 46-55. De la misma manera, el sermón pronunciado durante la celebración de la Palabra en el aeropuerto de San Pedro Sula no pasó de ser una cariñosa, pero no excesivamente original confirmación de la práctica de la celebración de la Palabra por parte de los laicos. De hecho, y a pesar de haber una gran concentración de celebradores de la Palabra en el aeropuerto, las palabras de Juan Pablo II no arrancaron ningún aplauso a los presentes.

Contrastando con la cierta lejanía de sus dos alocuciones principales, las más breves de bienvenida y despedida fueron de una especial cercanía. El Papa se ganó a la multitud diciendo de entrada que en Honduras se sentía en familia. Y en la despedida no se quedó atrás. Al decir "me cuesta tener que marchar" la multitud se desató en vivas y aplausos que ya casi no se interrumpieron a lo largo del breve discurso de despedida sembrado de frases como "gratisimo recuerdo", "cordialidad", "muy agradecido", "inolvidable

jornada", etc. Asimismo, el no leído discurso a los obreros contenía también aplicaciones interesantes de su encíclica **Laborem exercens** a la situación centroamericana. En concreto insistió en que sólo dándole prioridad al trabajo sobre el capital se podría llegar a una industrialización justa de nuestros países, y en la necesidad de una transformación de estructuras, métodos y organización del trabajo que superen la contraposición entre trabajo y capital y hagan realidad la prioridad antes mencionada.

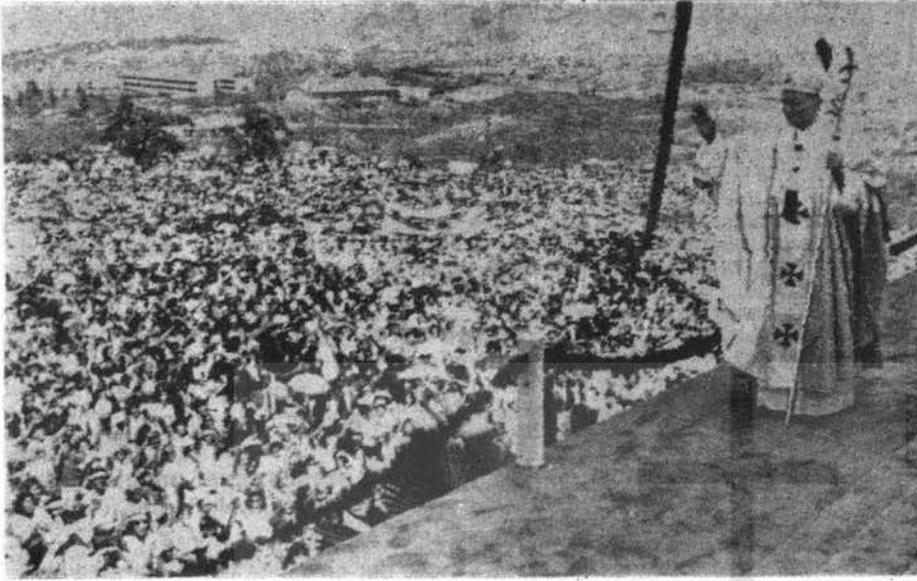
Como en el resto de los países, el gobierno buscó la manera de capitalizar esta visita que tanto entusiasmo despertaba en la población y que congregaba multitudes jamás vistas en Honduras (400,000 personas en Tegucigalpa y 300,000 en el aeropuerto de San Pedro Sula). El mensaje de bienvenida de Suazo Córdova fue así una mezcla de oratoria trasnochada entreverada de incienso y cinismo. La primera misa celebrada en tierras hondureñas, "con el símbolo de la espada y la cruz" (?), fue ocasión para que "lo indómito de nuestra raza y de nuestra nacionalidad se abrevara, con su coraje autóctono, en las diáfanas enseñanzas del Evangelio". "Diáfanos" eran también las concepciones del Papa sobre el hombre, "impecable" su magisterio, "serenísima" su presencia en Honduras. En esta Honduras cuyo gobierno se siente identificado con las "transformaciones audaces... innovadoras", con las "reformas urgentes" preconizadas por los romanos pontífices y donde por supuesto no se violan los derechos humanos. A la grandilocuencia vacía se sumaron también algunos gestos. El presidente se arrodilló ante el Papa con la misma convicción con la que criticaba en su discurso las costumbres "libertinas". Y en su discurso de despedida aceptaba las propuestas hechas por el Papa para la pacificación de Centroamérica sin reparar (o tal vez con plena conciencia) en que Juan Pablo II no había hecho proposiciones concretas sobre el tema. Indudablemente este comportamiento corresponde a un modo de hacer política que hasta el presente se ha mostrado de alguna manera efectiva en Honduras, al menos a la hora de cosechar votos en las elecciones. Y continúa ya una tradición del señor presidente que durante la campaña electoral que lo llevó a su actual puesto manipuló a su antojo el sentimiento religioso tradicional de nuestro pueblo.

4. La postvisita

Cuando se produce una visita como la de Juan Pablo II, capaz de movilizar a 700,000 personas, y de tener pendientes de sus palabras a otras tantas más a través de la radio y la televisión, es lógico que todas las fuerzas de un país se movilicen para de alguna manera sintonizar, aprovechar o manipular tan multitudinario suceso. Y por eso mismo la repercusión de un evento como el hasta ahora descrito no puede medirse hasta después que ha pasado un cierto tiempo. El entusiasmo que despertó la visita de Juan Pablo II es un hecho, pero más que las utilidades momentáneas e inmediatas de esa realidad, interesa examinar las repercusiones duraderas. Serán éstas las que nos permitan emitir un juicio sobre la rápida pasada de Juan Pablo II por territorio hondureño.

En primer lugar, la visita del Papa ha significado un fortalecimiento del modo concreto de vivir la fe que tiene nuestro pueblo. Tanto al nivel relativamente poco practicante de las grandes masas como al nivel de los laicos más comprometidos con los trabajos de Iglesia. La sola presencia del Papa, en cuanto símbolo de la unidad de la Iglesia, ha conmovido los cimientos de una fe profundamente enraizada en la cultura. No es así extraño que en los días posteriores a la presencia del Papa las iglesias se hayan llenado, que la gente continúa interesada en la temática religiosa o que las sectas hayan perdido prosélitos. Lamentablemente no se puede decir que haya un plan elaborado que permita una utilización eclesial y cristiana del entusiasmo levantado. Solamente en la diócesis de Choluteca, comprometida en una misión dada por celebradores de la Palabra a nivel diocesano, se perfila una estructura que permite el aprovechamiento eficaz del entusiasmo. La publicación de una carta pastoral anunciada por los obispos concretando las responsabilidades del mensaje de Juan Pablo II en Centroamérica, la aparición de un libro con la recopilación de todas sus homilias y discursos, serán instrumentos válidos en la medida en que se puedan integrar en una pastoral debidamente planificada.

Con todo y ello la visita de Juan Pablo II ofrece una serie de posibilidades y tiene una serie de repercusiones que son ya un hecho. La desconfianza levantada en contra de los celebradores de



la Palabra cobraría, de persistir, un matiz antieclesial más profundo. Y, desde otro punto de vista, los celebradores se han sentido confortados en su misión y su trabajo. Las posibilidades de concientización, tanto a nivel de obreros como de campesinos, han crecido también. El tema de los derechos humanos, precisamente en un momento en el que Honduras atraviesa un momento delicado, no podrá tampoco apartarse de la predicación cotidiana. La penetración protestante ha quedado en parte desenmascarada, reaccionando vivamente el pueblo hondureño contra toda la sarta de agresivas manipulaciones que sirven de base al proselitismo de las sectas. Develar ahora las implicaciones políticas y sociales de dicha penetración aparece como una tarea mucho más fácil. En general, los trabajos diarios y normales de la Iglesia parecen ahora como más fáciles; el futuro, al menos el inmediato, tiene un rostro más optimista y las posibilidades de crecimiento son mayores en este momento. Probablemente la Iglesia

hondureña, dadas sus limitaciones, no podrá aprovechar plenamente esta especie de posición ventajosa. Posición que ha facilitado un acercamiento al gobierno actual y que hace presagiar, de momento, un mejoramiento sensible en las relaciones mutuas. Este mejoramiento, aunque comporta el riesgo de la utilización de la Iglesia para justificar una situación no deseable, dará a la Iglesia también una mayor fuerza para intervenir ante las violaciones de los derechos humanos que han ido en aumento en los dos últimos años. Aunque la Iglesia no alcance la fuerza suficiente como para propiciar adecuadamente las necesarias reformas, sí es muy probable que se convierta en una instancia que de alguna manera se contraponga y suavice la dureza creciente de la política interior. Los problemas y contradicciones a los que esta situación pueda llevar serán parte de un futuro difícil de prever, pero no hay duda de que la Iglesia puede encarar el porvenir con más confianza en sí misma.